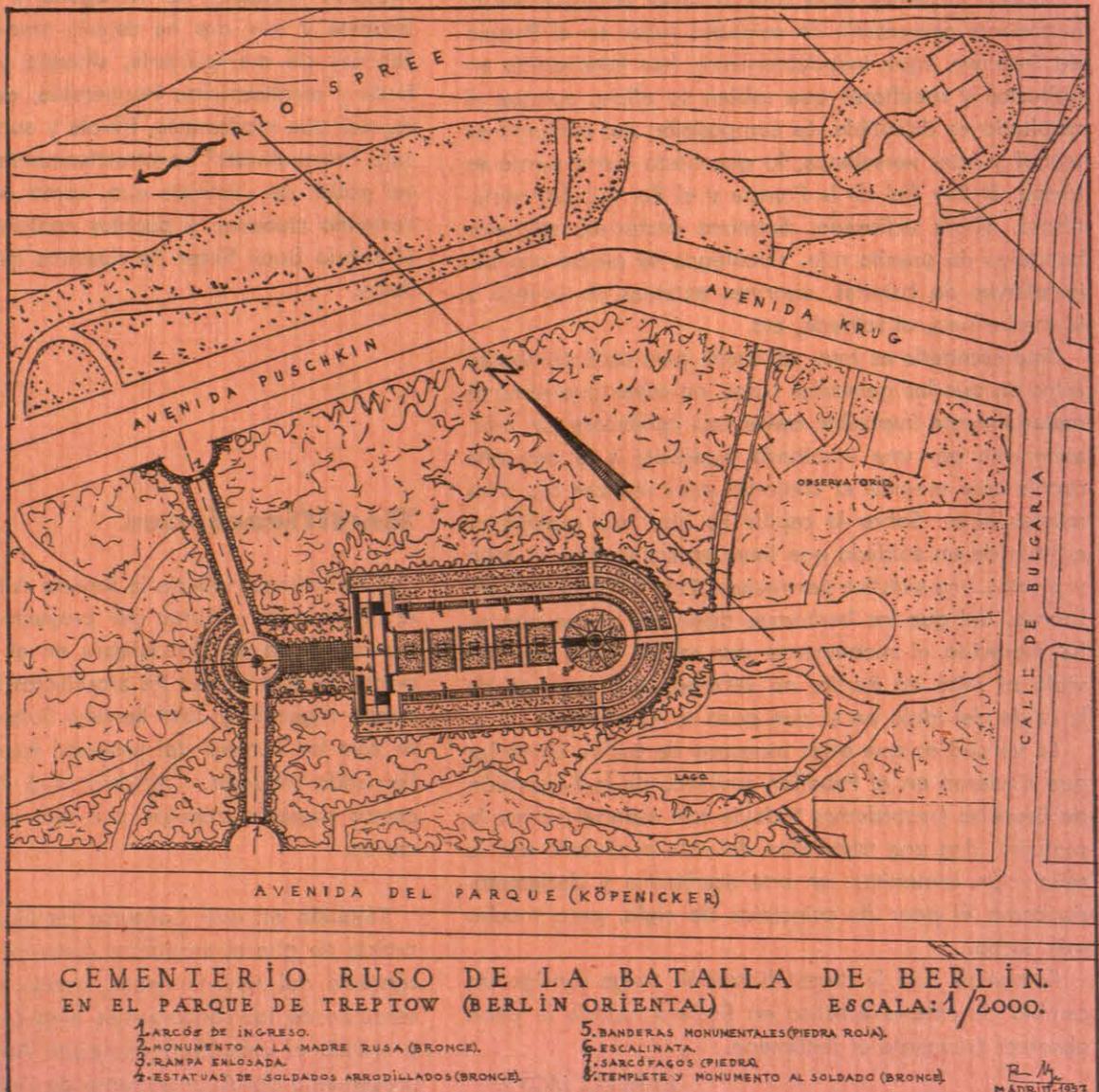


TEMAS DEL MOMENTO

Desestalinización arquitectónica en Berlín

La desintoxicación de stalinismo que se está realizando en el Imperio ruso puede tener curiosas repercusiones artísticas. En Berlín oriental, única parte fácilmente accesible al turista vulgar, se podían observar algunas muestras de arquitectura estalinizada. Cabe la duda de si en el resto de Rusia la arquitectura y la vida en general serán otra cosa distinta. El contraste

entre las dos zonas de Berlín, tan brutal en todos los aspectos que es casi grotesco, podría explicarse suponiendo que la intención de los rusos es mantener el castigo de Alemania en forma ostentosa; en caso contrario, es un grandioso ejemplo de propaganda al revés, aunque tal vez sea un caso de masoquismo, muy natural en los rusos.



Ahora se ha destruído la estatua de Stalin y se ha borrado su nombre de los lugares públicos. Recordando la célebre sentencia de que los iconoclastas son idólatras, pensamos en cuál será el ídolo de los desestalinizadores. El arte ciertamente no ha perdido nada con su furia. Tampoco perdería nada si destruyesen los edificios de la gran avenida Stalin (antes de Frankfurt y hora de Carlos Marx), cuyo aspecto arquitectónico resultaba extrañamente familiar, pues es, desgraciadamente, igual al de algunas avenidas de los ensanches de ciudades muy próximas; igual error urbanístico, la misma estética detestable y aun peor calidad de ejecución material.

Parecido es el monumento al Ejército, enclave comunista sentimental en la avenida del 17 de Junio, de Berlín occidental, de redomada cursilería patriótico-militarista. O la Embajada rusa, versión neoclásica hecha por un ingenuo aficionado que pondría los pelos de punta al pobre Schinkel, cuyas obras en ruinas contemplan tristemente el espectáculo.

Mucho mejor—y sería curioso saber la causa—es el imponente cementerio de soldados rusos en el Parque de Treptow; aquí, indudablemente, han intervenido arquitectos y escultores que sabían su oficio, aunque el resultado es discutible. La composición del conjunto es teatral y muy versallesca, lo que hasta cierto punto es lógico: El Rey Sol de la Francia y el Zar Sol del comunismo, ahora eclipsado. Extensos parterres, colosales banderas de granito rojo, sarcófagos de piedra con bajorrelieves de batallas, enormes estatuas de bronce a la madre rusa, al soldado, etc.

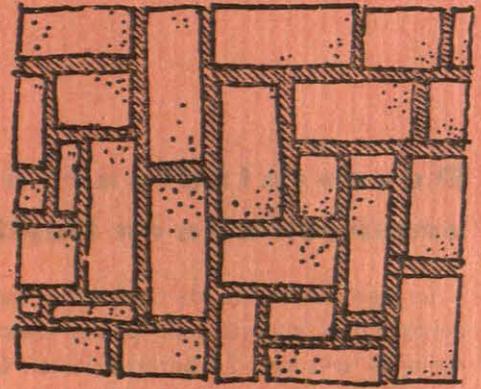
Este escenario es muy adecuado para esos pomposos actos en que los generales rusos, en cuyas guerreras es materialmente imposible clavar una condecoración más, ascienden por una empinada escalinata a la pequeña capilla que preside el conjunto para realizar sus ritos místico-laicos. Sobre la capilla se alza una gigantesca estatua de un soldado que lleva en sus brazos un niño y pisotea una svástica destrozada. Este soldado ruso de bronce, del que los berlineses dicen con guasa que se ha merecido el monumento por ser el único que no violó ni robó en Berlín; no sabemos qué pensará de la caída del ídolo en el que puso su fe marxista.

La verdad es que estas muestras de Berlín, como las que sirvieron en el Pabellón soviético de la Exposición de Bruselas (recordamos todavía con especial horror la pintura), dan una triste idea del arte producido por la revolución comunista: un arte académico y declamatorio como el peor de principios de siglo, pero mucho más torpe.

Es posible que la desestalinización traiga consigo un cambio de criterio artístico en Rusia y valdría la pena observar fríamente el fenómeno.

RAMIRO MOYA

¡Atención a una epidemia!



Una tradición milenaria que arranca de antes de las murallas ciclópeas de Tarragona y del acueducto de Segovia y que nos ha dejado muestras bellísimas de fábricas de mampostería, sillarejo y sillería bien trabada y estéticamente insuperable, está siendo sustituida por una modernista, frívola y superficial de la peor raíz "decorativista" constructivamente disparatada y de tal poder de contagio que, como una plaga, está infectando ciudades y pueblos confundiendo y viciando el sobrio buen hacer de nuestros canteros y mamposteros.

M. F.

Rectificaciones

En el número 33 de la Revista ARQUITECTURA aparecieron como autores del proyecto premiado por el Ayuntamiento de Guadalajara en el Concurso de Polígonos de esta ciudad los arquitectos Pedro Capote, Fernando Higuera y José Serrano Suñer, cuando lo cierto es que los autores del proyecto fueron Pedro Capote, Fernando Higuera y Antonio Miró Valverde. Lo rectificamos rogando disculpa por esta involuntaria equivocación.

También en este Concurso de Guadalajara dimos la noticia de que el arquitecto Antonio Perpiñá era representante del Ayuntamiento, siendo así que fué representante de los concursantes elegido por ellos mismos y siendo el arquitecto municipal Antonio Batlle el representante del Ayuntamiento de Guadalajara.